

El León, la Bruja y el Ropero

C. S. LEWIS



Las Crónicas de Narnia



Las CRÓNICAS de
NARNIA[®]
C. S. LEWIS

El León, la Bruja
y el Ropero

ILUSTRADO POR PAULINE BAYNES

 Harper Trophy[®]

Una rama de HarperCollinsPublishers



A LUCÍA BARFIELD

Querida Lucía,

Escribí esta historia para ti, sin darme cuenta de que las niñas crecen más rápido que los libros. El resultado es que ya estás demasiado grande para cuentos de hadas, y cuando éste se imprima serás aún mayor. Sin embargo, algún día llegarás a la edad en que nuevamente gozarás de los cuentos de hadas. Entonces podrás sacarlo de la repisa más alta, desmenuarlo y darme tu opinión sobre él. Probablemente, yo estaré demasiado sordo para escucharte y demasiado viejo para comprender lo que dices. Pero aún seré tu padrino que te quiere mucho.

C. S. LEWIS

ÍNDICE

Cubierta
Portada
A Lucía Barfield

1.

Lucía investiga en el ropero

2.

Lo que Lucía encontró allí

3.

Edmundo y el ropero

4.

Delicias turcas

5.

De regreso a este lado de la puerta

6.

En el bosque

7.

Un día con los Castores

8.

Lo que sucedió después de la comida

9.

En casa de la Bruja

10.

El hechizo comienza a romperse

11.

Aslan está cerca

12.

La primera batalla de Pedro

13.

Magia Profunda del Amanecer del Tiempo

14.

El triunfo de la Bruja

15.

Magia Profunda anterior al Amanecer del Tiempo

16.

Lo que sucedió con las estatuas

17.

La caza del Ciervo Blanco

Acerca del Autor

Otros Libros

Créditos

Página Legal

Acerca del Publicador

LUCÍA INVESTIGA EN EL ROPERO

HABÍA UNA VEZ CUATRO NIÑOS CUYOS nombres eran Pedro, Susana, Edmundo y Lucía. Esta historia relata lo que les sucedió cuando, durante la guerra y a causa de los bombardeos, fueron enviados lejos de Londres a la casa de un viejo profesor. Éste vivía en medio del campo, a diez millas de la estación más cercana y a dos millas del correo más próximo. El profesor no era casado, así como un ama de llaves, la señora Macready, y tres sirvientas atendían su casa. (Las sirvientas se llamaban Ivy, Margarita y Betty, pero ellas no intervienen mucho en esta historia.)

El anciano profesor tenía un aspecto curioso, pues su cabello blanco no sólo le cubría la cabeza sino también casi toda la cara. Los niños simpatizaron con él al instante, a pesar de que Lucía, la menor, sintió miedo al verlo por primera vez, y Edmundo, algo mayor que ella, escondió su risa tras un pañuelo y simuló sonarse sin interrupción.

Después de ese primer día y en cuanto dieron las buenas noches al profesor, los niños subieron a sus habitaciones en el segundo piso y se reunieron en el dormitorio de las niñas para comentar todo lo ocurrido.

–Hemos tenido una suerte fantástica –dijo Pedro–. Lo pasaremos muy bien aquí. El viejo profesor es una buena persona y nos permitirá hacer todo lo que queramos.

–Es un anciano encantador –dijo Susana.

–¡Cállate! –exclamó Edmundo. Estaba cansado, aunque fingía no estarlo, y esto lo ponía siempre de un humor insoportable–. ¡No sigas hablando de esa manera!

–¿De qué manera? –preguntó Susana–. Además ya es hora de que estés en la cama.

–Tratas de hablar como mamá –dijo Edmundo–. ¿Quién eres para venir a decirme cuándo tengo que ir a la cama? ¡Eres tú quien debe irse a acostar!

–Mejor será que todos vayamos a dormir –interrumpió Lucía–. Si nos encuentran conversando aquí, habrá un tremendo lío.

–No lo habrá –repuso Pedro, con tono seguro–. Éste es el tipo de casa en la que a nadie le preocupará lo que nosotros hagamos. En todo caso, ninguna persona nos va a oír. Estamos como a diez minutos del comedor y hay numerosos pasillos, escaleras y rincones entremedio.

–¿Qué es ese ruido? –dijo Lucía de repente.

Ésta era la casa más grande que ella había conocido en su vida. Pensó en todos esos pasillos, escaleras y rincones, y sintió que algo parecido a un escalofrío la recorría de pies a cabeza.

–No es más que un pájaro, tonta –dijo Edmundo.

–Es una lechuza –agregó Pedro–. Éste debe ser un lugar maravilloso para los pájaros ... Bien, creo que ahora es mejor que todos vayamos a la cama, pero mañana exploraremos. En un sitio como éste se puede encontrar cualquier cosa. ¿Vieron las montañas cuando veníamos? ¿Y los bosques? Puede ser que haya águilas, venados ... Seguramente habrá halcones ...

–Y tejones –dijo Lucía.

–Y zorros –dijo Edmundo.

–Y conejos –agregó Susana.

~~Pero a la mañana siguiente caía una cortina de lluvia tan espesa que, al mirar por la ventana, no veían las montañas ni los bosques; ni siquiera la acequia del jardín.~~

–¡Tenía que llover! –exclamó Edmundo.

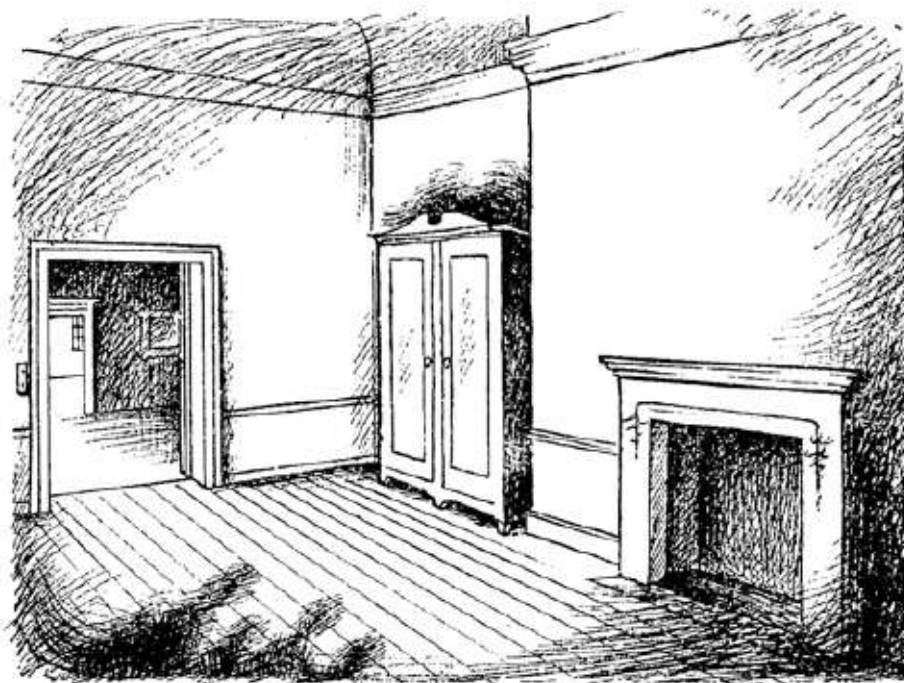
Los niños habían tomado el desayuno con el profesor, y en ese momento se encontraban en una sala del segundo piso que el anciano había destinado para ellos. Era una larga habitación de techo bajo, con dos ventanas hacia un lado y dos hacia el otro.

–Deja de quejarte, Ed –dijo Susana–. Te apuesto diez a uno a que aclara en menos de una hora. Pero lo demás, estamos bastante cómodos y tenemos un montón de libros.

–Por mi parte, yo me voy a explorar la casa –dijo Pedro.

La idea les pareció excelente y así fue como comenzaron las aventuras. La casa era uno de aquellos edificios llenos de lugares inesperados, que nunca se conocen por completo. Las primeras habitaciones que recorrieron estaban totalmente vacías, tal como los niños esperaban. Pero pronto llegaron a una sala muy larga con las paredes repletas de cuadros, en la que encontraron una armadura. Después pasaron a otra completamente cubierta por un tapiz verde y en la que había un arroyo arrinconado. Tres peldaños más abajo y cinco hacia arriba los llevaron hasta un pequeño zaguán. Desde ahí entraron en una serie de habitaciones que desembocaban unas en otras. Todas tenían estanterías repletas de libros, la mayoría muy antiguos y algunos tan grandes como la Biblia de una iglesia. Más adelante entraron en un cuarto casi vacío. Sólo había un gran ropero con espejos en las puertas. Allí no encontraron nada más, excepto una botella azul en la repisa de la ventana.

–¡Nada por aquí! –exclamó Pedro, y todos los niños se precipitaron hacia la puerta para continuar la excursión. Todos menos Lucía, que se quedó atrás. ¿Qué habría dentro del armario? Valía la pena averiguarlo, aunque, seguramente, estaría cerrado con llave. Para su sorpresa, la puerta se abrió sin dificultad. Dos bolitas de naftalina rodaron por el suelo.



La niña miró hacia el interior. Había numerosos abrigos colgados, la mayoría de piel. Nada gustaba tanto a Lucía como el tacto y el olor de las pieles. Se introdujo en el enorme ropero y caminó entre los abrigos, mientras frotaba su rostro contra ellos. Había dejado la puerta abierta, por supuesto, pues comprendía que sería una verdadera locura encerrarse en el armario. Avanzó algo más

descubrió una segunda hilera de abrigos. Estaba bastante oscuro ahí adentro, así es que mantuvo los brazos estirados para no chocar con el fondo del ropero. Dio un paso más, luego otros dos, tres. Esperaba siempre tocar la madera del ropero con la punta de los dedos, pero no llegaba nunca hasta el fondo.

–¡Éste debe de ser un guardarropa gigantesco! –murmuró Lucía, mientras caminaba más y más adentro y empujaba los pliegues de los abrigos para abrirse paso. De pronto sintió que algo crujía bajo sus pies.

“¿Habrá más naftalina?”, se preguntó.

Se inclinó para tocar el suelo. Pero en lugar de sentir el contacto firme y liso de la madera, tocó algo suave, pulverizado y extremadamente frío. “Esto sí que es raro”, pensó y dio otros dos pasos hacia adelante.

Un instante después advirtió que lo que rozaba su cara ya no era suave como la piel sino duro y áspero e, incluso, hincaba.

–¿Cómo? ¡Parecen ramas de árboles! –exclamó.

Entonces vio una luz frente a ella; no estaba cerca del lugar donde tendría que haber estado el fondo del ropero, sino muchísimo más lejos. Algo frío y suave caía sobre la niña. Un momento después se dio cuenta de que se encontraba en medio de un bosque; además era de noche, había nieve bajo sus pies y gruesos copos caían a través del aire.

Lucía se asustó un poco, pero a la vez se sintió llena de curiosidad y de excitación. Miró hacia atrás y entre la oscuridad de los troncos de los árboles pudo distinguir la puerta abierta del ropero e incluso la habitación vacía desde donde había salido. (Por supuesto, ella había dejado la puerta abierta pues pensaba que era la más grande de las tonterías encerrarse uno mismo en un guardarropa.) Pareció que allá era de día. “Puedo volver cuando quiera, si algo sale mal”, pensó, tratando de tranquilizarse. Comenzó a caminar –*cranch-cranch*– sobre la nieve y a través del bosque, hacia la otra luz, delante de ella.



Cerca de diez minutos más tarde, Lucía llegó hasta un farol. Se preguntaba qué significado podría tener éste en medio de un bosque, cuando escuchó unos pasos que se acercaban. Segundos después una persona muy extraña salió de entre los árboles y se aproximó a la luz.

Era un poco más alta que Lucía. Sobre su cabeza llevaba un paraguas todo blanco de nieve. De cintura hacia arriba tenía el aspecto de un hombre, pero sus piernas, cubiertas de pelo negro brillante, parecían las extremidades de un cabro. En lugar de pies tenía pezuñas.

En un comienzo, la niña no advirtió que también tenía cola, pues la llevaba enrollada en el brazo que sostenía el paraguas para evitar que se arrastrara por la nieve. Una bufanda roja le cubría el cuello y su piel era también rojiza. El rostro era pequeño y extraño pero agradable; tenía una barba rizada y un par de cuernos a los lados de la frente. Mientras en una mano llevaba el paraguas, en la otra sostenía varios paquetes con papel de color café. Éstos y la nieve hacían recordar las compras de Navidad. Era un fauno. Y cuando vio a Lucía, su sorpresa fue tan grande que todos los paquetes rodaron por el suelo.

—¡Cielos! —exclamó el Fauno.

LO QUE LUCÍA ENCONTRÓ ALLÍ

–BUENAS TARDES –SALUDÓ LUCÍA. PERO el Fauno estaba tan ocupado recogiendo los paquetes que no contestó. Cuando hubo terminado le hizo una pequeña reverencia.

–Buenas tardes, buenas tardes –dijo. Y agregó después de un instante–: Perdóname, no quisiera parecer impertinente, pero ¿eres tú lo que llaman una Hija de Eva?

–Me llamo Lucía –respondió ella, sin entenderle muy bien.

–Pero ¿tú eres lo que llaman una niña?

–¡Por supuesto que soy una niña! –exclamó Lucía.

–¿Verdaderamente eres humana?

–¡Claro que soy humana! –respondió Lucía, todavía un poco confundida.

–Seguro, seguro –dijo el Fauno–. ¡Qué tonto soy! Pero nunca había visto a un Hijo de Adán ni a una Hija de Eva. Estoy encantado.

Se detuvo como si hubiera estado a punto de decir algo y recordar a tiempo que no debía hacerlo.

–Encantado, encantado –repitió luego–. Permíteme que me presente. Mi nombre es Tumnus.

–Encantada de conocerle, señor Tumnus –dijo Lucía.

–Y se puede saber, ¡oh, Lucía, Hija de Eva!, ¿cómo llegaste a Narnia? –preguntó el señor Tumnus.

–¿Narnia? ¿Qué es eso?

–Ésta es la tierra de Narnia –dijo el Fauno–, donde estamos ahora. Todo lo que se encuentra entre el farol y el gran castillo de Cair Paravel en el mar del este. Y tú, ¿vienes de los bosques salvajes del oeste?

–Yo llegué ..., llegué a través del ropero que está en el cuarto vacío –respondió Lucía, vacilando.

–¡Ah! –dijo el señor Tumnus con voz melancólica–, si hubiera estudiado geografía con más empeño cuando era un pequeño fauno, sin duda sabría todo acerca de esos extraños países. Ahora es demasiado tarde.

–¡Pero si éstos no son países! –dijo Lucía casi riendo–. El ropero está ahí, un poco más atrás. Yo creo ... No estoy segura. Es verano allí ahora.

–Ahora es invierno en Narnia; es invierno siempre, desde hace mucho ... Pero si seguimos conversando en la nieve nos vamos a resfriar los dos. Hija de Eva, de la lejana tierra del Cuarto Vacío donde el eterno verano reina alrededor de la luminosa ciudad del Ropero, ¿te gustaría venir a tomar té conmigo?

–Gracias, señor Tumnus, pero pienso que quizás ya es hora de regresar.

–Es a la vuelta de la esquina, nomás. Habrá un buen fuego, tostadas, sardinas y torta –insistió el Fauno.

–Es muy amable de su parte –dijo Lucía–. Pero no podré quedarme mucho rato.



–Agárrate de mi brazo, Hija de Eva –dijo el señor Tumnus–. Llevaré el paraguas para los dos. Por aquí, vamos.

Así fue como Lucía se encontró caminando por el bosque del brazo de esta extraña criatura, igual que si se hubieran conocido durante toda la vida.

No habían ido muy lejos aún, cuando llegaron a un lugar donde el suelo se tornó áspero y rocoso. Hacia arriba y hacia abajo de las colinas había piedras. Al pie de un pequeño valle el señor Tumnus se volvió de repente y caminó derecho hacia una roca gigantesca. Sólo en el momento en que estuvieron muy cerca de ella, Lucía descubrió que él la conducía a la entrada de una cueva. En cuanto entraron en el interior, la niña se vio inundada por la luz del fuego. El señor Tumnus cogió una brasa con un par de tenazas y encendió una lámpara.

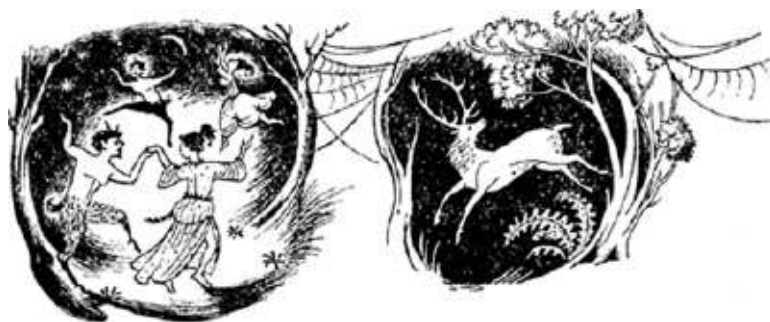
–Ahora falta poco –dijo, e inmediatamente puso la tetera a calentar.

Lucía pensaba que no había estado nunca en un lugar más acogedor. Era una pequeña, limpia y seca cueva de piedra roja con una alfombra en el suelo, dos sillas (“una para mí y otra para un amigo”, dijo el señor Tumnus), una mesa, una cómoda, una repisa sobre la chimenea, y más arriba, dominándolo todo, el retrato de un viejo fauno con barba gris. En un rincón había una puerta; Lucía supuso que comunicaba con el dormitorio del señor Tumnus. En una de las paredes se apoyaba un estante repleto de libros. La niña miraba todo mientras él preparaba la mesa para el té. Algunos de los títulos eran *La vida y las cartas de Sileno*, *Las ninfas y sus costumbres*, *Hambres, monjes y departistas*, *Estudio de la leyenda popular*, *¿Eselhambreun mito?*, y muchos más.

–Hija de Eva –dijo el Fauno–, ya está todo preparado.



Y realmente fue un té maravilloso. Hubo un rico huevo dorado para cada uno, sardinas en pa tostado, tostadas con mantequilla y con miel, y una torta espolvoreada con azúcar. Cuando Lucía cansó de comer, el Fauno comenzó a hablar. Sus relatos sobre la vida en el bosque eran fantásticos. Le contó acerca de bailes en la medianoche, cuando las ninfas que vivían en las vertientes y las dríades que habitaban en los árboles salían a bailar con los faunos; de las largas partidas de cacería tras Venado Blanco, en las cuales se cumplían los deseos del que lo capturaba; sobre las celebraciones y búsqueda de tesoros con los enanos rojos salvajes, en minas y cavernas muy por debajo del suelo. Por último, le habló también de los veranos, cuando los bosques eran verdes y el viejo Sileno los visitaba en su gordo burro. A veces llegaba a verlos el propio Baco y entonces por los ríos corría vino en lugar de agua y el bosque se transformaba en una fiesta que se prolongaba por semanas sin fin.

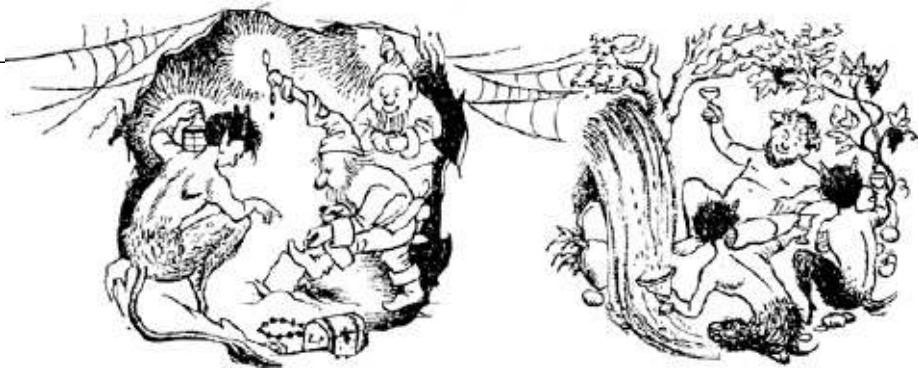


—Ahora es siempre invierno —agregó taciturno.

Entonces para alegrarse tomó un estuche que estaba sobre la cómoda, sacó de él una extraña flauta que parecía hecha de paja y empezó a tocar.

Al escuchar la melodía, Lucía sintió ansias de llorar, reír, bailar y dormir, todo al mismo tiempo. Debían haber transcurrido varias horas cuando despertó bruscamente, y dijo:

—Señor Tumnus, siento interrumpirlo, pero tengo que irme a casa. Sólo quería quedarme unos minutos ...



–No es bueno *ahora*, tú sabes –le dijo el Fauno, dejando la flauta. Parecía acongojado por ella.

–¿Que no es bueno? –dijo ella, dando un salto. Asustada e inquieta agregó–: ¿Qué quiere decir?

Tengo que volver a casa al instante. Ya deben de estar preocupados.

Un momento después, al ver que los ojos del Fauno estaban llenos de lágrimas, volvió a preguntarle.

–¡Señor Tumnus! ¿Cuál es realmente el problema?

El Fauno continuó llorando. Las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas y pronto

corrieron por la punta de su nariz. Finalmente se cubrió el rostro con las manos y comenzó a sollozar.

–¡Señor Tumnus! ¡Señor Tumnus! –exclamó Lucía con desesperación–. ¡No llore así! ¿Qué es lo

que pasa? ¿No se siente bien? Querido señor Tumnus, cuénteme qué es lo que está mal.



Pero el Fauno continuó estremeciéndose como si tuviera el corazón destrozado. Aunque Lucía lo abrazó y le prestó su pañuelo, no pudo detenerse. Solamente tomó el pañuelo y lo usó para secar sus

lágrimas que continuaban cayendo sin interrupción. Y cuando estaba demasiado mojado, lo estrujaba con sus dos manos. Tanto lo estrujó, que pronto Lucía estuvo de pie en un suelo completamente húmedo.

–¡Señor Tumnus! –gritó Lucía en su oído, al mismo tiempo que lo sacudía–. No llore más, por favor.

Pare inmediatamente de llorar. Debería avergonzarse. Un fauno mayor, como usted. Pero dígame, ¿por qué llora usted?

–¡Oh!, ¡oh!, ¡oh! –sollozó–, lloro porque soy un fauno malvado.

–Yo no creo eso. De ninguna manera –dijo Lucía–. De hecho, usted es el fauno más encantador que he conocido.

–¡Oh! No dirías eso si tú supieras –replicó el señor Tumnus entre suspiros–. Soy un fauno malvado.

No creo que nunca haya habido uno peor que yo desde que el mundo es mundo.

—Pero, ¿qué es lo que ha hecho? —preguntó Lucía.

—Mi viejo padre —dijo el Fauno— jamás hubiera hecho una cosa semejante. ¿Lo ves? Su retrato es sobre la chimenea.

—¿Qué es lo que no hubiera hecho su padre?

—Lo que yo he hecho —respondió el Fauno—. Servir a la Bruja Blanca. Eso es lo que yo soy. Un sirviente pagado por la Bruja Blanca.

—¿La Bruja Blanca? ¿Quién es?

—¡Ah! Ella es quien tiene a Narnia completamente en sus manos. Ella es quien mantiene el invierno para siempre. Siempre invierno y nunca Navidad. ¿Te imaginas lo que es eso?

—¿Qué terrible! —dijo Lucía—. Pero ¿qué trabajo hace usted para que ella le pague?

—Eso es lo peor. Soy yo el que rapta para ella. Eso es lo que soy: un raptor. Mírame, Hija de Eva. ¿Crees que soy la clase de Fauno que cuando se encuentra con un pobre niño inocente en el bosque, hace su amigo y lo invita a su casa en la cueva, sólo para dormirlo con música y entregarlo luego a la Bruja Blanca?

—No —dijo Lucía—. Estoy segura de que usted no haría nada semejante.

—Pero lo he hecho —dijo el Fauno.

—Bien —continuó Lucía, lentamente (porque quería ser muy franca, pero, a la vez, no deseaba ser demasiado dura con él)—, eso es muy malo, pero usted está tan arrepentido que estoy segura de que no lo hará de nuevo.

—¡Hija de Eva! ¿Es que no entiendes? —exclamó el Fauno—. No es algo que yo haya hecho. Es algo que estoy haciendo en este preciso instante.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Lucía, poniéndose blanca como la nieve.

—Tú eres el niño —dijo el señor Tumnus—. La Bruja Blanca me había ordenado que si alguna vez encontraba a un Hijo de Adán o a una Hija de Eva en el bosque, tenía que aprehenderlo y llevárselo. Tú eres la primera que yo he conocido. Fingí ser tu amigo, te invité a tomar el té y he esperado todo el tiempo que estuvieras dormida para llevarte hasta ella.

—¡Ah, no! Usted no lo hará, señor Tumnus —dijo Lucía—. Realmente usted no lo hará. De verdad, no debe hacerlo.

—Y si yo no lo hago —dijo él, comenzando a llorar de nuevo—, ella lo sabrá. Y me cortará la cola y me arrancará los cuernos y la barba. Agitará su vara sobre mis lindas pezuñas divididas por la mitad y las transformará en horribles y sólidas, como las de un desdichado caballo. Pero si ella se enfurece más aún, me convertirá en piedra y seré sólo una estatua de Fauno en su horrible casa, y allí me quedaré hasta que los cuatro tronos de Cair Paravel sean ocupados. Y sólo Dios sabe cuándo sucederá eso o si alguna vez sucederá.

—Lo siento mucho, señor Tumnus —dijo Lucía—. Pero, por favor, déjeme ir a casa.

—Por supuesto que lo haré —dijo el Fauno—. Tengo que hacerlo. Ahora me doy cuenta. No sabía cómo eran los humanos antes de conocerte a ti. No puedo entregarte a la Bruja Blanca; no ahora que ya lo conozco. Pero tenemos que salir de inmediato. Te acompañaré hasta el farol. Espero que desde allí sabrás encontrar el camino al Cuarto Vacío y al Roperero.

—Estoy segura de que podré.

—Debemos irnos muy silenciosamente. Tan callados como podamos —dijo el señor Tumnus—. El bosque está lleno de *sus espías*. Incluso algunos árboles están de su parte.

Ambos se levantaron y, dejando las tazas y los platos en la mesa, salieron. El señor Tumnus abrió el paraguas una vez más, le dio el brazo a Lucía y comenzaron a caminar sobre la nieve. El regreso fue

completamente diferente a lo que había sido la ida hacia la cueva del fauno. Sin decir una palabra apresuraron todo lo que pudieron y el señor Tumnus se mantuvo siempre en los lugares más oscuros. Lucía se sintió bastante reconfortada cuando llegaron junto al farol.

–¿Sabes cuál es tu camino desde aquí, Hija de Eva? –preguntó el Fauno.



Lucía concentró su mirada entre los árboles y en la distancia pudo ver un espacio iluminado, como si allá lejos fuera de día.

–Sí –dijo–. Alcanzo a ver la puerta del ropero.

–Entonces corre hacia tu casa tan rápido como puedas –dijo el señor Tumnus–. ¿Podrías perdonarme alguna vez por lo que intenté hacer?

–Por supuesto –dijo Lucía, estrechando fuertemente sus manos–. Espero de todo corazón que usted no tenga problemas por mi culpa.

–Adiós, Hija de Eva. ¿Sería posible, tal vez, que yo guarde tu pañuelo como recuerdo?

–¡Está bien! –exclamó Lucía y echó a correr hacia la luz del día, tan rápido como sus piernas se permitieron. Esta vez, en lugar de sentir el roce de ásperas ramas en su rostro y la nieve crujiente bajo sus pies, palpó los tablones y de inmediato se encontró saltando fuera del ropero y en medio del mismo cuarto vacío en el que había comenzado toda la aventura. Cerró cuidadosamente la puerta del guardarropa y miró a su alrededor mientras recuperaba el aliento. Todavía llovía. Pudo escuchar las voces de los otros niños en el pasillo.

–¡Estoy aquí! –gritó–. ¡Estoy aquí! ¡He vuelto y estoy muy bien!

EDMUNDO Y EL ROPERO

LUCÍA SALIÓ CORRIENDO DEL CUARTO vacío y en el pasillo se encontró con los otros tres niños.

–Todo está bien –repitió–. He vuelto.

–¿De qué hablas, Lucía? –preguntó Susana.

–¡Cómo! –exclamó Lucía asombrada–. ¿No estaban preocupados por mi ausencia? ¿No se ha preguntado dónde estaba yo?

–Entonces, ¿estabas escondida? –dijo Pedro–. Pobre Lu, ¡se escondió y nadie se dio cuenta! Por otra vez vas a tener que desaparecer durante un rato más largo, si es que quieres que alguien te busque.

–Estuve afuera por horas y horas –dijo Lucía.

–Mal –dijo Edmundo, golpeándose la cabeza–. Muy mal.

–¿Qué quieres decir, Lucía? –preguntó Pedro.

–Lo que dije –contestó Lucía–. Fue precisamente después del desayuno, cuando entré en el ropero y he estado afuera por horas y horas. Tomé té y me han sucedido toda clase de acontecimientos.

–No seas tonta, Lucía. Hemos salido de ese cuarto hace apenas un instante y tú estabas allí –replicó Susana.

–Ella no se está haciendo la tonta –dijo Pedro–. Está inventando una historia para divertirse, ¿no es verdad, Lucía?

–No, Pedro. No estoy inventando. El armario es mágico. Adentro hay un bosque, nieve, un fauno y una bruja. El lugar se llama Narnia. Vengan a ver.

Los demás no sabían qué pensar, pero Lucía estaba tan excitada que la siguieron hasta el cuarto sin decir una palabra. Corrió hacia el ropero y abrió la puerta de par en par.

–¡Ahora! –gritó–. ¡Entren y compruébenlo ustedes mismos!

–¡Cómo! ¡Eres una gansa! –dijo Susana, después de introducir la cabeza dentro del ropero y apartar los abrigos–. Éste es un ropero común y corriente. Miren, aquí está el fondo.

Todos miraron, movieron los abrigos y vieron –Lucía también– un armario igual a los demás. No había bosque ni nieve. Sólo el fondo del ropero y los colgadores. Pedro saltó dentro y golpeó sus puños contra la madera para asegurarse.

–¡Menuda broma la que nos has gastado, Lu! –exclamó al salir–. Realmente nos sorprendiste, del todo reconocerlo. Casi te creímos.

–No era broma. Era verdad –dijo Lucía–. Era verdad. Todo fue diferente hace un instante. Lo prometo que era cierto.

–¡Vamos, Lu! –dijo Pedro–. ¡Ya, basta! Estás yendo un poco lejos con tu broma. ¿No te parece que es mejor terminar aquí?

Lucía se puso roja y trató de hablar, a pesar de que ya no sabía qué estaba tratando de decir. Estalló en llanto.

Durante los días siguientes se sintió muy desdichada. Podría haberse reconciliado fácilmente con los demás niños, en cualquier momento, si hubiera aceptado que todo había sido sólo una broma para

pasar el tiempo. Sin embargo, Lucía decía siempre la verdad y sabía que estaba en lo cierto. No podía decir ahora una cosa por otra.

Los niños, que pensaban que ella había mentido tontamente, la hicieron sentirse muy infeliz. Los dos mayores, sin intención; pero Edmundo era muy rencoroso y en esta ocasión lo demostró. Le molestó incansablemente; a cada momento le preguntaba si había encontrado otros países en los aparadores o en los otros armarios de la casa. Lo peor de todo era que esos días fueron muy entretenidos para los niños, pero no para Lucía. El tiempo estaba maravilloso; pasaban de la mañana a la noche fuera de la casa, se bañaban, pescaban, se subían a los árboles, descubrían nidos de pájaros y se tendían a la sombra. Lucía no pudo gozar de nada, y las cosas siguieron así hasta que llovió nuevamente.

Ese día, cuando llegó la tarde sin ninguna señal de cambio en el tiempo, decidieron jugar a las escondidas. A Susana le correspondió primero buscar a los demás. Tan pronto los niños se dispersaron para esconderse, Lucía corrió hasta el ropero, aunque no pretendía ocultarse allí. Sólo quería dar una mirada dentro de él. Estaba comenzando a dudar si Narnia, el Fauno y todo lo demás había sido un sueño. La casa era tan grande, complicada y llena de escondites, que pensó que tendría tiempo suficiente para dar una mirada en el interior del armario y buscar luego cualquier lugar para ocultarse en otra parte. Pero justo en el momento en que abría la puerta, sintió pasos en el corredor. No le quedó más remedio que saltar dentro del guardarropa y sujetar la puerta tras ella, sin cerrarla del todo, pues sabía que era muy tonto encerrarse en un armario, incluso si se trataba de un armario mágico.

Los pasos que Lucía había oído eran los de Edmundo. El niño entró en el cuarto en el momento preciso en que ella se introducía en el ropero. De inmediato decidió hacer lo mismo, no porque fue un buen lugar para esconderse, sino porque podría seguir molestándola con su país imaginario. Abrió la puerta. Estaba oscuro, olía a naftalina, y allí estaban los abrigos colgados, pero no había un solo rastro de Lucía.

“Cree que es Susana la que viene a buscarla –se dijo Edmundo–; por eso se queda tan quieta”.

Sin más, saltó adentro y cerró la puerta, olvidando que hacer eso era una verdadera locura. En la oscuridad empezó a buscar a Lucía y se sorprendió de no encontrarla de inmediato, como había pensado. Decidió abrir la puerta para que entrara un poco de luz. Pero tampoco pudo hallarla. Todo esto no le gustó nada y empezó a saltar nerviosamente hacia todos lados. Al fin gritó con desesperación:



–¡Lucía! ¡Lu! ¿Dónde te has metido? Sé que estás aquí.

No hubo respuesta. Edmundo advirtió que su propia voz tenía un curioso sonido. No había sido el que se espera dentro de un armario cerrado, sino un sonido al aire libre. También se dio cuenta de que el ambiente estaba extrañamente frío. Entonces vio una luz.

–¡Gracias a Dios! –exclamó–. La puerta se tiene que haber abierto por sí sola.

Se olvidó de Lucía y fue hacia la luz, convencido de que iba hacia la puerta del ropero. Pero en lugar de llegar al cuarto vacío, salió de un espeso y sombrío conjunto de abetos a un claro en medio del bosque.



Había nieve bajo sus pies y en las ramas de los árboles. En el horizonte, el cielo era pálido como de una mañana despejada de invierno. Frente a él, entre los árboles, vio levantarse el sol muy rojo y claro. Todo estaba en silencio como si él fuera la única criatura viviente. No había ni siquiera un pájaro o una ardilla entre los árboles, y el bosque se extendía en todas direcciones, tan lejos como alcanzaba la vista. Edmundo tiritó.

En ese momento recordó que buscaba a Lucía. También se acordó de lo antipático que había sido con ella al molestarla con su “país imaginario”. Ahora se daba cuenta de que en modo alguno era imaginario. Pensó que no podía estar muy lejos y llamó:

–¡Lucía! ¡Lucía! Estoy aquí también. Soy Edmundo.

No hubo respuesta.

–Está enojada por todo lo que le he dicho –murmuró.

A pesar de que no le gustaba admitir que se había equivocado, menos aún le gustaba estar solo con tanto frío en ese silencioso lugar.

–¡Lu! ¡Perdóname por no haberte creído! ¡Ahora veo que tenías razón! ¡Ven, hagamos las paces! gritó de nuevo.

Tampoco hubo respuesta esta vez.

“Exactamente como una niña –se dijo–. Estará enfurruñada por ahí y no aceptará una disculpa”.

Miró a su alrededor: ese lugar no le gustaba nada. Decidió volver a la casa cuando, en la distancia, oyó un ruido de campanas. Escuchó atentamente y el sonido se hizo más y más cercano. Al fin, a plena luz, apareció un trineo arrastrado por dos renos.

El tamaño de los renos era como el de los *panies* de Shetland, y su piel era tan blanca que a su lado la nieve se veía casi oscura. Sus cuernos ramificados eran dorados y resplandecían al sol. Sus arneses de cuero rojo estaban cubiertos de campanillas. El trineo era conducido por un enano gordo que,

pie, no tendría más de tres pies de altura. Estaba envuelto en una piel de oso polar, y en la cabeza llevaba un capuchón rojo con un largo pompón dorado en la punta; su enorme barba le cubría los rodillos y le servía de alfombra. Detrás de él, en un alto asiento en el centro del trineo, se hallaba una persona muy diferente: era una señora inmensa, más grande que todas las mujeres que Edmundo conocía. También estaba envuelta hasta el cuello en una piel blanca. En su mano derecha sostenía una vara dorada y llevaba una corona sobre su cabeza. Su rostro era blanco, no pálido, sino blanco como el papel, la nieve o el azúcar. Sólo su boca era muy roja. A pesar de todo, su cara era bella, pero orgullosa, fría y severa.

Mientras se acercaba a Edmundo, el trineo presentaba una magnífica visión con el sonido de las campanillas, el látigo del enano que restallaba en el aire y la nieve que parecía volar a ambos lados del carruaje.

—¡Detente! —exclamó la Dama, y el enano tiró tan fuerte de las riendas que por poco los renos caían sentados. Se recobraron y se detuvieron mordiendo los frenos y resoplando. En el aire helado, la respiración que salía de sus hocicos se veía como si fuera humo.

—¡Por Dios! ¿Qué eres tú? —preguntó la Dama a Edmundo.

—Soy ... soy ..., mi nombre es Edmundo —dijo el niño con timidez.



La Dama puso mala cara.

—¿Así te diriges a una reina? —preguntó con gran severidad.

—Le ruego que me perdone, su Majestad. Yo no sabía ...

—¿No conoces a la Reina de Narnia? —gritó ella—. ¡Ah! ¡Nos conocerás mejor de ahora en adelante!

Pero ..., te repito, ¿qué eres tú?

—Por favor, su Majestad —dijo Edmundo—, no sé qué quiere decir usted. Yo estoy en el colegio ...

por lo menos, estaba ... Ahora estoy de vacaciones.

DELICIAS TURCAS

–PERO, ¿QUÉ ERES TÚ? –PREGUNTÓ LA Reina otra vez–. ¿Eres un enano superdesarrollado que cortó la barba?

–No, su Majestad. Nunca he tenido barba. Soy un niño –dijo Edmundo, sin salir de su asombro.

–¡Un niño! –exclamó ella–. ¿Quieres decir que eres un Hijo de Adán?

Edmundo se quedó inmóvil sin pronunciar palabra. Realmente estaba demasiado confundido como para entender el significado de la pregunta.

–Veo que eres idiota, además de ser lo que seas –dijo la Reina–. Contéstame de una vez por todas pues estoy a punto de perder la paciencia. ¿Eres un ser humano?

–Sí, Majestad –dijo Edmundo.

–¿Se puede saber cómo entraste en mis dominios?

–Vine a través de un ropero, su Majestad.

–¿Un ropero? ¿Qué quieres decir con eso?

–Abrí la puerta y ... me encontré aquí, su Majestad –explicó Edmundo.

–¡Ah! –dijo la Reina más para sí misma que para él–. Una puerta. ¡Una puerta del mundo de los hombres! Había oído cosas semejantes. Eso puede arruinarlo todo. Pero es uno solo y parece muy fácil de manipular ...

Mientras murmuraba estas palabras, se levantó de su asiento y con ojos llameantes miró fijamente a la cara de Edmundo. Al mismo tiempo levantó su vara.

Edmundo tuvo la seguridad de que ella iba a hacer algo espantoso, pero no fue capaz de moverse. Entonces, cuando él ya se daba por perdido, ella pareció cambiar sus intenciones.

–Mi pobre niño –le dijo con una voz muy diferente–. ¡Cuán helado pareces! Ven a sentarte en el trineo a mi lado y te cubriré con mi manto. Entonces podremos conversar.

Esta solución no le gustó nada a Edmundo. Sin embargo, no se hubiera atrevido jamás a desobedecerle. Subió al trineo y se sentó a los pies de la Reina. Ella desplegó su piel alrededor del niño y lo envolvió bien.

–¿Te gustaría tomar algo caliente? –le preguntó.

–Sí, por favor, su Majestad –dijo Edmundo, cuyos dientes castañeteaban.

La Reina sacó de entre los pliegues de su manto una pequeñísima botella que parecía de cobre. Entonces estiró el brazo y dejó caer una gota de su contenido sobre la nieve, junto al trineo. Por un instante, Edmundo vio que la gota resplandecía en el aire como un diamante. Pero, en el momento que tocó la nieve, se produjo un ruido leve y allí apareció una taza adornada de piedras preciosas, llena de algo que hervía. Inmediatamente el enano la tomó y se la entregó a Edmundo con una reverencia y una sonrisa; pero no fue una sonrisa muy agradable.



Tan pronto comenzó a beber, Edmundo se sintió mucho mejor. En su vida había tomado una bebida como ésa. Era muy dulce, cremosa y llena de espuma. Sintió que el líquido lo calentaba hasta la punta de los pies.

–No es bueno beber sin comer, Hijo de Adán –dijo la Reina un momento después–. ¿Qué es lo que te apetecería comer?

–*Delicias turcas*, por favor, su Majestad –dijo Edmundo.

La Reina derramó sobre la nieve otra gota de su botella y al instante apareció una caja redonda atada con cintas verdes de seda. Edmundo la abrió: contenía varias libras de las mejores *delicias turcas*. Eran dulces y esponjosas. Edmundo no recordaba haber probado jamás algo semejante.

Mientras comía, la Reina no dejaba de hacerle preguntas. Al comienzo, Edmundo trató de recordar que era vulgar hablar con la boca llena. Pero luego se olvidó de todas las reglas de educación y se preocupó únicamente de comer tantas *delicias turcas* como pudiera. Y mientras más comía, más deseaba seguir comiendo.

En ningún momento le pasó por la mente preguntarse por qué su Majestad era tan inquisitiva. Él consiguió que él le contara que tenía un hermano y dos hermanas y que una de éstas había estado en Narnia y había conocido al Fauno. También le dijo que nadie, excepto ellos, sabía nada sobre Narnia. La Reina pareció especialmente interesada en el hecho de que los niños fueran cuatro y volvió a preguntarlo con frecuencia.

–¿Estás seguro de que ustedes son sólo cuatro? Dos Hijos de Adán y dos Hijas de Eva, ¿nada más ni nada menos?

Edmundo, con la boca llena de *delicias turcas*, se lo reiteraba. “Sí, ya se lo dije”, repetía olvidando llamarla “su Majestad”. Pero a ella eso no parecía importarle ahora.

Por fin las *delicias turcas* se terminaron. Edmundo mantuvo la vista fija en la caja vacía con esperanza de que ella le ofreciera algunas más. Probablemente la Reina podía leer el pensamiento del niño, pues sabía –y Edmundo no– que esas *delicias turcas* estaban encantadas y que quien las probaba una vez, siempre quería más y más. Y si le permitía continuar, no podía detenerse hasta que enfermaba y moría. Ella no le ofreció más; en lugar de eso, le dijo:

–Hijo de Adán, me gustaría mucho conocer a tus hermanos. ¿Querías traérmelos hasta aquí?

–Trataré –contestó Edmundo, todavía con la vista fija en la caja vacía.

–Si tú vuelves, pero con ellos por supuesto, podré darte *delicias turcas* de nuevo. No puedo darte más ahora. La magia es sólo para una vez, pero en mi casa será diferente.

–¿Por qué no vamos a tu casa ahora? –preguntó Edmundo.

Quando Edmundo subió al trineo, había sentido miedo de que ella lo llevara muy lejos, a algún lugar desconocido desde el cual no pudiera regresar. Ahora parecía haber olvidado todos sus temores.

–Mi casa es un lugar encantador –dijo la Reina–. Estoy segura de que te gustará. Allí hay cuartos completamente llenos de *delicias turcas*. Y, lo que es más, no tengo niños propios. Me gustaría tener un niño bueno y amable a quien yo podría educar como príncipe y que luego sería Rey de Narnia cuando yo falte. Y mientras fuera príncipe, llevaría una corona de oro y podría comer *delicias turcas* todo el día. Y tú eres el joven más inteligente y buen mozo que yo conozco. Creo que me gustaría convertirte en príncipe ... algún día ..., cuando hayas traído a tus hermanos a visitarme.

–¿Y por qué no ahora? –insistió Edmundo.

Su cara se había puesto muy roja, y sus dedos y su boca estaban muy pegajosos. No se veía buen mozo ni parecía inteligente, aunque la Reina lo dijera.

–¡Ah! Si te llevo ahora a mi casa –dijo ella–, yo no conocería a tu hermano ni a tus hermanas. Realmente quiero que traigas a tu encantadora familia. Tú serás príncipe y, con el tiempo, rey; eso está claro. Deberás tener cortesanos y nobles. Yo haré duque a tu hermano y duquesas a tus hermanas.

–No hay nada de especial en ellos –dijo Edmundo–, pero de cualquier forma los puedo traer en el momento que quiera.

–¡Ah, sí! Pero si hoy te llevo a mi casa, podrías olvidarte de ellos por completo. Estarías tan feliz que no querrías molestarte en ir a buscarlos. No. Tienes que ir a tu país ahora y regresar junto a nosotros otro día, pero *con ellos*, entiéndelo bien. No te servirá de nada volver sin ellos.

–Pero yo ni siquiera conozco el camino de regreso a mi país –rogó Edmundo.

–Es muy fácil. ¿Ves aquel farol? –dijo la Reina, mientras apuntaba con la varilla.

Edmundo miró en la dirección indicada. Entonces vio el mismo farol bajo el cual Lucía había conocido al Fauno.

–Derecho, más allá, está el Mundo de los Hombres –continuó la Reina. Luego señaló en dirección opuesta y agregó–: Dime si ves dos pequeñas colinas que se levantan sobre los árboles.

–Creo que sí –dijo Edmundo.

–Bien, mi casa está entre esas dos colinas. La próxima vez que vengas, sólo tendrás que encontrar el farol, buscar las dos colinas y atravesar el bosque hasta llegar a mi casa. Pero recuerda ..., debes traer a tus hermanos. Me enfureceré de verdad, tanto como yo puedo enfurecerme, si vuelves solo.

–Haré lo que pueda –dijo Edmundo.

–Y, a propósito... –agregó la Reina–, no necesitas hablarles de mí. Será mucho más divertido guardar el secreto entre nosotros. Les daremos una sorpresa. Sólo tráelos hacia las colinas con cualquier pretexto; a un niño inteligente como tú se le ocurrirá alguno fácilmente. Y cuando llegues a mi casa, podrás decirles, por ejemplo: “Veamos quién vive aquí” o algo por el estilo. Estoy segura de que eso será lo mejor. Si tu hermana ya conoce a uno de los faunos, puede haber oído historias extrañas acerca de mí. Cosas malas que pueden hacerle sentir temor de mí. Los faunos dicen cualquier cosa, ¿sabes? Vete ahora.

–¡Por favor, por favor! –rogó Edmundo–. ¿Puede darme una *delicia turca* para comer durante el regreso a casa?

–¡Oh, no! –dijo la Reina con una sonrisa sardónica–. Tendrás que esperar hasta la próxima vez.

Mientras hablaba hizo una señal al enano para indicarle que se pusiera en marcha. Antes de que el trineo se perdiera de vista, la Reina agitó la mano para decir adiós a Edmundo, al mismo tiempo que gritaba:

–¡Hasta la vista! ¡No te olvides! ¡Vuelve pronto!

- [Twelve Years a Slave \(Enhanced Edition\) pdf, azw \(kindle\)](#)
- [read The Pete Seeger Reader](#)
- [The Power of Social Intelligence: 10 ways to tap into your social genius here](#)
- [click Bill Bryson's View of Great Britain and the USA in "Notes from a Small Island" and "Notes from a Big Country": A Comparative Enquiry of Anglo-American Novels in the Context of National Stereotyping pdf](#)
- [Thermonuclear Monarchy: Choosing Between Democracy and Doom online](#)
- [Beginner's Illustrated Guide to Gardening: Techniques to Help You Get Started pdf](#)

- <http://damianfoster.com/books/Twelve-Years-a-Slave--Enhanced-Edition-.pdf>
- <http://growingsomeroots.com/ebooks/The-Pete-Seeger-Reader.pdf>
- <http://fortune-touko.com/library/The-Power-of-Social-Intelligence--10-ways-to-tap-into-your-social-genius.pdf>
- <http://patrickvincitore.com/?ebooks/Doctor-Who--The-Trial-of-a-Time-Lord---The-Ultimate-Foe.pdf>
- <http://www.celebritychat.in/?ebooks/Knack-Slow-Cooking--Hearty---Delicious-Meals-You-Can-Prepare-Ahead.pdf>
- <http://paulczajak.com/?library/Beginner-s-Illustrated-Guide-to-Gardening--Techniques-to-Help-You-Get-Started.pdf>